

Con los jóvenes, hoy iniciamos un caminar juntos...

“¿Qué hacemos los jóvenes? Soñar.” Fue una de las respuestas originales que surgieron tras el debate realizado los días 14 y 15 de noviembre, en el marco de reflexión sobre la identidad y contexto de la juventud rural en la sociedad contemporánea, llevado a cabo por la Fundación de Servicios Solidaridad Misionera Rural (SOLMIRU).

En efecto, las demandas de cambio que los jóvenes rurales tenemos sobre las —aparentemente— pocas oportunidades que el contexto nos ofrece son transversales a todas las realidades locales. Jóvenes universitarios, profesionales de la salud y la educación, vinculados a organismos de participación ciudadana, al trabajo agrario, apícola, innovador, de temporada, pastoral-ecclesial...; en fin, jóvenes rurales, mujeres y hombres, que valoramos enormemente nuestras propias raíces, aquellas que nos vinculan a la vida “en” la tierra y “de” la tierra. Esas raíces que se caracterizan, entre otras cosas, por un ritmo de vida distinto, más lento, más reflexivo, el cual, en ocasiones, genera prejuicios desde el resto de la sociedad.

Sin embargo, estas raíces, tradiciones y costumbres que unifican el mundo rural, podrían verse —hoy— amenazadas, siendo desplazadas de la realidad rural, por aquella configuración de una nueva forma de ser y vivir la ruralidad, la constitución de una nueva *polis* rural, con el aumento de los flujos entre el área urbana y el área rural. En efecto, la modernización de las comunidades rurales que es necesaria y anhelada por las personas, nos lleva a preguntarnos como jóvenes: *“¿Hasta qué punto...?”* *“¿Hasta dónde es preciso que transformemos nuestra ruralidad, nuestro campo?”*

Sin duda, la imposición de proyectos comunitarios que no responden a necesidades locales reales y concretas, sino que vienen prefabricadas con base en otras lógicas son las que amenazan la vida de las comunidades rurales. Los proyectos de desarrollo y participación, surgidos desde la propia ciudadanía beneficiada son los que los jóvenes hoy reclamamos: *“¡Queremos ser un aporte a la sociedad!”*.

Pero, ¿qué significados encierra aquella frase? La evaluación de la jornada apuntaba hacia allí, hacia los significados más profundos que se descubrieron en estos dos días de caminar juntos: *“Queremos ser alguien más que un trabajador, queremos apoyar, ayudar a otros trabajadores”, “Queremos ser agentes de cambio comunitario, impulsados por sueños compartidos”, “Queremos romper los límites, las barreras que nos impone la sociedad por el simple hecho de ser jóvenes y de ser jóvenes rurales, y que a veces nos imponemos nosotros mismos”, “Y porque queremos valorar nuestras raíces, nuestra propia realidad, es que estamos orgullosos de ser de campo”*.

El significado del aporte a la sociedad y su sustento, se encierra en aquellas frases surgidas de forma espontánea en las conversaciones grupales y en los plenarios de cada etapa del trabajo. Un trabajo que fue arduo, agotador, pero muy esperanzador. Un trabajo que comenzó destacando rápidamente los elementos negativos, las amenazas de la sociedad contemporánea hacia la juventud y la realidad rural, pero que se fue dificultando lentamente al tratar de vislumbrar las oportunidades presentes. Más aún en la segunda etapa que nos identifica como un grupo con características propias: *¿Quiénes somos? ¿Qué hacemos? ¿Cómo nos vemos a nosotros mismos?* Se trata de preguntas aparentemente sencillas, pero que implican un profundo grado de reflexión que, ante los testimonios de vida de cada uno, y de otros jóvenes a lo largo de la Historia, nos permitieron ir adentrándonos en el descubrimiento y construcción de una agenda conjunta.

Pues bien, en la tercera etapa, desde el Evangelio, desde la vocación de profetas y desde el llamado y el sueño de muchos personajes históricos, es posible alcanzar los propios sueños los sueños compartidos. Hablamos de sueños como metas alcanzables, como ideas orientadoras, como ejes que nos movilizan cada día. Esos sueños nos distinguen como jóvenes y la concreción de los mismos es posible mediante la organización y el diálogo. Dos elementos muy valorados en este caminar: Organización y Diálogo.

Participación ciudadana que enfrenta a la exclusión social presente en las comunidades rurales, revalorización de las raíces campesinas, acciones concretas de diversa índole que motivan a recuperar las instancias culturales en las comunidades rurales requieren, a juicio de nosotros, los jóvenes, solo dos cosas: Organización y Diálogo.

Tantas realidades distintas, tantas cargas históricas personales, familiares y comunitarias que se ponen en común, que se conversan, que se analizan, que se evalúan. Esas realidades, iluminadas por el Evangelio y un acto profundamente religioso que busca la promoción social, la promoción de los pueblos y la felicidad de las personas, nunca han de hacerse en solitario. El Obispo emérito de Melipilla lo recalcó al final del encuentro en dos ideas distintas, pero congruentes: *“Nunca estén solos”* y *“Nunca trabajen solos”*. Porque *estar* no es *trabajar*. La vida no es solo trabajo, aunque este sea una parte importante de aquella. Los jóvenes hoy lo hemos reflexionado.

El trabajo continúa, y la vida compartida también...

Juan Tapia C.